

DIOS, EL CÉSAR Y EL REY MIDAS

(Mc 12, 13-17)

Hace tiempo que la figura del rey Midas vuelve recurrentemente a mi pensamiento: telediarios, periódicos y, sobre todo, los comentarios de tantas personas preocupadas y sufriendo la situación económica actual.

He leído a Mc 12, 13-17 y visto, una vez más, la sabiduría y la chispa de Jesús no dejándose embaucar por las artimañas hipócritas de los fariseos y partidarios de Herodes, que querían ponerle en un aprieto con el poder político de su tiempo; que salió airoso de la situación, como siempre, y nos dejó un claro mensaje sobre qué es una cosa y qué la otra: “*Dad al César lo que es del César, y lo que es de Dios a Dios*”.

Pero, he aquí, que hay un poderoso más sutil que el César; que esgrime otras armas para alcanzar fines más ambiciosos que los del propio César. No exhibe legiones pero ejerce un silencioso y sibilino arte para hacerse dueño de todo lo que toca, convirtiéndolo en amarillo y vil metal.

Ya escribí sobre este personaje, el rey Midas (*) al inicio del debacle económico, después del “*big-bang*” de Lehman Brothers en el corazón de la economía de los Estados Unidos. Tras cuatro años de crisis, y aunque el personaje no salga en los periódicos, ha estado presente antes, durante... y aquí sigue.

Si el mitológico rey Midas convertía en oro todo lo que tocaba, se ha superado así mismo en nuestro tiempo, convirtiendo hasta la basura en oro. No hace falta recordar las conocidas “hipotecas-basura”, los *créditos sub-prime*, las tramas de corrupción, las fugas de capitales a paraísos fiscales (que se decían iban a ser eliminados), los pequeños pagando la deuda de los que generaron la deuda, etc.

“Dar al César lo que es del César”, está claro: lo que correspondía al César ya es de Midas. Pero como la ambición no tiene ni fronteras ni límites psicológicos para este personaje, tengo la impresión de que quiere apropiarse también de “lo que es de Dios”: la vida de los seres humanos, del planeta Tierra, la educación, la sanidad, los derechos humanos, el trabajo digno, el ocio, la belleza, la espiritualidad, la solidaridad, la fraternidad, la amistad, la risa y la sonrisa... Da miedo ¿no?

Quiere apropiarse de lo que nos hace libres porque es el sello de Dios en nosotros: el AMOR, convirtiéndolo en moneda de oro donde sólo figure su cara y esta inscripción: “Sólo yo, todo mío”.

¡Alto, rey Midas, una cosa es que se te dé bien convertir hasta la basura en oro y otra muy diferente que puedas amagar la fuerza más potente del universo: el Amor!

Mari Paz López Santos

pazsantos@pazsantos.com

Publicado ECLESALIA 11.06.2011

(*) Ver en esta web el escrito “El Rey Midas”